

La belleza del cuerpo

Miradas cándidas e inocentes

La desnudez, el color, lo lampiño

Cabellos llanos y largos

La saludable naturalidad

Meneos y lenguaje gestual

El desnudo caribeño

La dominación absoluta del otro

Gentes sin miedo

La belleza de la mujer aborígen

Vararida, el valle de las Damas

Placeres del cuerpo

Adminículos íntimos

La fuerza del poder sentimental



LÁM. 118 Indígenas yanomamis, estado Amazonas.
FOTOGRAFÍA KARL WEIDMANN



LÁM. 119 Indígenas del bajo Orinoco asombrados ante adminículos españoles, F.S. Gilij, *Saggio di Storia Americana*, Garrini, Libreria de Niccolo, 1780, tomo III, pág. 48, colección Biblioteca Nacional, Caracas.
REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 120 Juego de la pelota de la nación otomaca, *Pebr Löfling y la expedición al Orinoco 1754-1761*, Real Jardín Botánico de Madrid.

XVII. *El descubrimiento
de la beldad corporal
de los aborígenes.*

- 1 Los testimonios más antiguos y extendidos en el ámbito europeo de los humanistas del Renacimiento, acerca del aspecto de los indígenas del Nuevo Mundo, derivaron de los sentimientos de la belleza del cuerpo de los aborígenes que legaron los escritos de Cristóbal Colón y Américo Vespucio. Sus influencias fueron determinantes en la formación de las primeras ideas que en círculos cortesanos, eclesiásticos, universitarios, artísticos y comerciales del Viejo Mundo se hicieron de los habitantes de Tierra Firme e islas inmediatas. —
- 2 Los densos textos colombinos y vespucianos acerca del cuerpo fueron mucho más aleccionadores que las descripciones corpóreas en relaciones de viajes posteriores o en algunas de las visiones sesgadas por lo pecaminoso de sacerdotes misioneros. Revelador fue el primer impacto sensorial, en su pleno esplendor, con las imágenes observadas en Trinidad, Paria, golfo de Venezuela y Guayana, que culmina en los espacios litorales meridionales, hoy de Guyana, Surinam, Guayana Francesa y norte brasileño, superando el estereotipo del áspero y desapacible «salvaje» hirsuto, al cual nos hemos referido con anterioridad. —
- 3 Mujeres y hombres indígenas fueron observados a través de la percepción y los prejuicios propios del tiempo histórico de finales del siglo XVI. La positiva y sensual percepción colombina y vespuciana no corresponde en ningún caso a miradas cándidas o inocentes, aunque fue real el maravillarse de sus ojos ante los primeros contactos visuales. —
- 4 En los dos viajes anteriores Cristóbal Colón había descrito someramente en su *Diario* la desnudez, el color, lo lampiño y la hermosura del cuerpo de los indígenas taínos que poblaban las islas antillanas. En su percepción dejó al margen toda restricción moral vinculada al pudor cristiano. En su tercer viaje, al arribar a Trinidad y Tierra de Gracia, amplía sus entusiasmos anteriores. —
- 5 Desde el primer encuentro visual en el Encuentro el 3 de agosto de 1498, Colón quedó estupefacto al observar el color, el cabello y la apariencia física de los indígenas trinitarios, puesto que siguiendo cuidadosamente la ruta al occidente del paralelo de Sierra Lioa, Sierra Leona, esperaba encontrar negros u orientales. Su relato no deja dudas: «y ellos todos mancebos de muy linda disposición y no negros, salvo más blancos que otros que aya visto en las Indias, y de muy lindo gesto y fermosos cuerpos y los cabellos llanos y largos, cortados a la guisa de Castilla» (528). La sensibilidad ante la blancura de los indígenas representaba para Colón y sus compañeros una singular referencia estética, el mayor elogio que se podía hacer por los europeos en aquellos tiempos ante el color de la beldad corporal. —
- 6 Este descubrimiento del cuerpo se afianza en la sensibilidad colombina al caracterizar a los indígenas parianos que encuentran distintos y superiores a los aborígenes de las islas antillanas anteriormente descubiertas, exponiendo la gallardía de hombres y mujeres de tez clara, con cabellos largos y lisos, cuerpos esbeltos, de linda estatura y de muy buen parecer. Entre otros muchos casos, son directas sus menciones a que estos parianos son más blancos que otras gentes que había visto en todas las Indias (529). Incluso, en palabras transmitidas por Hernando Colón, la gente pariana «parecía ser más tratable y sagaz que la de La Española» (530). En efecto, su padre los había calificado como «gente más astuta y de mayor ingenio, y no cobardes» (531). —
- 7 Mención especial merece el descubrimiento de la beldad de los desnudos cuerpos de los aborígenes parianos: «Son de muy linda estatura y todos

(528)
COLÓN, *Narración*, op. cit., pág. 371.

(529)
COLÓN, *Narración*, op. cit., pág. 378.

(530)
Hernando COLÓN, op. cit., pág. 226.

(531)
COLÓN, *Narración*, op. cit., pág. 378.

- (532) Visión colombina transcrita por LAS CASAS, op. cit., tomo I, pág. 536.
- (533) Bernard VINCENT, *Andalucía oriental moderna*, ensayo en la obra colectiva *Los Andaluces*, presentada por Alfonso Berlanga, Ediciones Istmo, Madrid, 1980, pág. 121.
- (534) Hernando COLÓN, op. cit., págs. 117-118. En esta isleta se concentraban en seis o siete casas leprosos de la metrópoli portuguesa que venían allí a bañarse en sangre de tortugas marinas, lo que se reputaba como un tratamiento eficaz contra esta enfermedad. Ver LAS CASAS, op. cit., tomo I, pág. 523.
- (535) Abel POSSE, *El descomunal viaje del descubrimiento de América (y de Europa)*, ensayo en la obra colectiva de FERNÁNDEZ SÁNCHEZ DRAGÓ y otros autores, *Finisterre. Sobre viajes, travesías, navegaciones y naufragios*, editorial Planeta, Barcelona, 1984, pág. 120.
- (536) COLÓN, *Narración*, op. cit., pág. 374.
- sobrecrecidos; traen el miembro genital y atado y cubierto, y las mujeres van todas desnudas, como sus madres las parieron» (532). Fue un fuerte impacto que recibieron estos navegantes que venían acostumbrados al atuendo mediterráneo de toscas sayas, donde la desnudez se debía cubrir totalmente por oscuros y pesados vestidos, e incluso se mantenía vigente en la Península Ibérica que en la noche de bodas se debían utilizar sayales livianos con adecuados agujeros. Más aún, a finales del siglo xv, los cristianos viejos andaluces miraban con suspicacia a toda una serie de refinadas prácticas consideradas sospechosas, como bañarse y practicar la higiene corporal (533). ─
- 8 La mayoría de los navegantes que no había participado en los dos primeros viajes de Colón, desconocía la saludable naturalidad que mostraban los cuerpos de mujeres y hombres indígenas antillanos. Recordemos además que pocos días antes habían contemplado los despojos vivientes de los leprosos de Cabo Verde, que habían llegado hasta el borde de los bajajes, y algo más de dos meses los cuerpos deformados por la mala nutrición y la artritis en las barriadas portuarias andaluzas. El contacto de la tripulación colombina con los leprosos de la isla Buenavista está relatado por Hernando Colón: «Siguiendo su rumbo, el miércoles, 27 de junio, vió la isla de la Sal, que es una de las islas de Cabo Verde. Pasando junto a ella, fue a otra que se llama de Buenavista, nombre ciertamente alejado de la verdad, pues es triste y pobre. En ésta echó las anclas en un puerto, a la parte del Oeste, junto a una isleta que hay allí, cerca de seis o siete casas de los que habitan aquella isla, y de leprosos que allí van para curarse de su enfermedad. Y así como los navegantes se regocijan descubriendo tierra, tanto se alegran y gozan los infelices que allí habitan, cuando ven algún navío, por lo cual, muy luego fueron a la playa para hablar con los de las barcas que el Almirante mandó a tierra para proveerse de agua y sal» (534). ─
- 9 El agobio psíquico ante la visión aplastante de paisajes áridos, pobres y tristes y el horror de cuerpos estragados se borró ante la visión del fulgor de los cuerpos trinitarios y parianos. Compartimos la aguda interpretación de Abel Posse sobre el estupor de los descubridores: «En Europa no se veían cuerpos desnudos desde la conversión de Constantino al cristianismo. Desde entonces la túnica vaporosa, los baños de vapor y las playas quedaban deshabitadas. La desnudez ingresa como signo evidente de pecado» (535). Sin duda, muchos expedicionarios se libraron en las playas parianas de la represión sexual dominante en la Península Ibérica. ─
- 10 En este contexto se explica la importancia del lenguaje gestual. Lo que lleva a Colón a afirmar que los indígenas son gente de muy buena conversación, así lo muestran sus gestos y movimientos o meneos. Insiste que son de «muy lindos gestos» (536). A ello hay que agregar el gran disfrute sensual por el descubrimiento de los perfumes corpóreos naturales de estos indígenas que recurrían cotidianamente al baño. Hábito que no era compartido por los navegantes, acostumbrados a los efluvios malsanos de las carabelas. Este detalle no debió pasar desapercibido en especial por Colón, quien disfrutaba de un excepcional sentido del olfato. Asimismo, en contrapartida, los navegantes colombinos quedaron impactados con el sentido olfativo de los indígenas parianos, puesto que no sólo olían las ropas de los exploradores españoles, sino también su cuerpo. ─
- 11 Precisas y evocadoras son las indicaciones acerca de la sensualidad del cuerpo en la expedición de Ojeda, La Cosa y Vesputio en 1499: al entrar al golfo de Coquibacoa, que bautizaron como golfo de Venezuela, derivan

XVII. *El descubrimiento
de la beldad corporal
de los aborígenes.*

(537)

Martín FERNÁNDEZ de NAVARRETE,
*Viajes de los españoles por la Costa de
Paria*, Madrid, Espasa Calpe, 1923, pág. 8.

(538)

VESPUCCI, op. cit., carta desde
Sevilla el 18 de julio de 1500 a Lorenzo
di Pierfrancesco de Medici, pág. 57.

(539)

VESPUCCI, op. cit., pág. 58.

(540)

VESPUCCI, op. cit., pág. 59.

(541)

VESPUCCI, op. cit., pág. 62.
Subrayado nuestro.

a lo que denominan lago de San Bartolomé, aparentemente lago Maracaibo, en el que se duda que penetraron, puesto que varios tratadistas suponen que el topónimo de lago de San Bartolomé correspondería más bien al golfete de Coro, donde capturaron algunas indígenas de notable belleza y disposición (537). ─

- 12 Américo Vespucio en su carta a Lorenzo de Medici, desde Sevilla, el 18 de julio de 1500 proporciona detalles específicos del desnudo caribeño en su primera visión de isla de Trinidad: «y cuando estuvimos cerca de ella, vimos mucha gente en la orilla del mar, que nos estaba mirando como cosa de maravilla; y surgimos junto a la tierra obra de una milla, y equipamos los botes, y fuimos a tierra 22 hombres bien armados; y la gente como nos vio saltar a tierra, y conoció que éramos gente diferente de su naturaleza, porque ellos no tienen barba alguna, ni visten ningún traje, así los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre, así van, que no se cubren vergüenza ninguna, y así por la diferencia del color, porque ellos son de color como pardo o leonado y nosotros blancos, de modo que teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, y con gran trabajo por medio de señales les dimos confianza y platicamos con ellos. Y encontramos que eran de una generación que se dicen «canibales»» (538). Más adelante reitera que estos indígenas caribes «son gente de gentil disposición y de buena estatura; van del todo desnudos» (539). ─
- 13 Vespucio es inequívoco en señalar el impacto que le produjo la beldad corporal y candidez de los aborígenes del litoral caribeño al occidente de Paria: «Salimos de este golfo, y fuimos a lo largo de la tierra, y siempre veíamos muchísima gente, y cuando teníamos oportunidad tratábamos con ellos, y nos daban de lo que tenían y todo lo que les pedíamos. Todos van desnudos como nacieron sin tener ninguna vergüenza; que si yo hubiese de contar cumplidamente cuan poca vergüenza tienen, sería entrar en cosa deshonesto, y es mejor callarla» (540). ─
- 14 Ello es planteado, asimismo, en islas antillanas más septentrionales al litoral venezolano: «y acordamos dirigirnos hacia el norte, donde encontramos infinitísima gente, y descubrimos más de 1000 islas y la mayor parte habitadas, y siempre gente desnuda, y toda era gente miedosa y de poco valor, y hacíamos de ella lo que queríamos» (541). ─
- 15 La sensibilidad de Colón y Vespucio ante la desnudez de los indígenas es reveladora acerca del estado de candidez que les atribuyeron. La inocencia de estas gentes que habitaban islas y litorales continentales fue asociada además a su carencia de agresividad. La percepción vespuciana es abusiva al afirmar que *hacíamos de ella lo que queríamos*. Este sorprendente pacifismo asombraba a los europeos, posibilitándoles el abuso y los delitos carnales obligados, creándoles en su imaginario la intuición de dominación absoluta del otro, a través del forzamiento. En el ideal masculino del siglo xv seguía siendo fundamental la percepción medieval de masculinidad, entre cuyas virtudes destacaba el coraje guerrero, sacralizándose las prácticas de fuerza y tolerándose la propensión a la lascivia. ─
- 16 Estas primeras percepciones de indígenas inocentes e inofensivos va cambiando rápidamente, conforme a que los europeos encontraban nuevas etnias que defendían ferozmente su integridad personal. Los caribes, agresivos y de costumbres cruentas, trastornaron las imágenes iniciales. Aparecen como gentes sin miedo. En siglos posteriores se reconoce su beldad corporal, como se aprecia en los rasgos de los indígenas en grabados de Bellin en 1763, de Stedman en 1799 y otros. ─



LÁM. 121 Indias reclinadas, *Gazzetiere Americano*, II, 1763, VOL. I, portada, colección Biblioteca Nacional, Caracas. REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES

(542)

Nicolás FEDERMANN, *Historia Indiana*, Academia Colombiana de Historia, Talleres Aro, Madrid, 1958, págs. 225-226.

(543)

FRIEDE, op. cit., págs. 292-293.

(544)

BENASSAR, op. cit., tomo I, págs. 479-480.

- 17 La belleza de la mujer aborígen deja prendados a la gran mayoría de los conquistadores europeos. A los enamoramientos ya citados de mujeres guajiras de Alonso de Ojeda y compañeros de expediciones españolas, se suceden múltiples encantamientos en conquistadores alemanes y florentinos. En el caso de Cey abundan las referencias pícaras, mientras que Nicolás Federmann señala con arrobamiento las mujeres caquetías del valle del río Yaracuy: «Especialmente las mujeres son muy bellas, por lo que llamamos a este valle y provincia, que los indios llaman Vararida, el valle de las Damas, que quiere decir en alemán el valle de las mujeres...» (542). —
- 18 Habitualmente los contactos ocasionales con compañeras sentimentales aborígenes derivaban en amancebamientos, como se registraba, entre otros muchos casos, en las huestes de los Welser, especialmente en referencia a Nicolás Federmann y sus compañeros: «Se le inculpa de haber llevado en sus expediciones a una hija del cacique de Guavarna, «la cual llevaba consigo y es público y notorio que se echaba con ella». Otros testigos le achacan que en sus expediciones llevaba generalmente a los principales caciques, «con codicia de llevar sus hijas y mujeres, porque eran hermosas», matando algunos indios para aprovecharse de sus mujeres. Muchos testigos declaraban que no castigaba a los que blasfemaban, ni a los amancebados. Al contrario. «Era muy público y notorio haber en el campo personas que se echaban con indias infieles.» (543)
- 19 En este contexto los placeres del cuerpo eran disfrutados sin gran sentimiento de culpabilidad, en ningún caso hay constancias de rechazo y/o extremada escrupulosidad étnica o religiosa. Historiadores modernos, como Bartolomé Bennassar en su *Historia de los españoles*, hacen justicia respecto al pretendido horror al cuerpo que sentían los españoles en el Siglo de Oro: «Disponemos de muchos testimonios que ponen en evidencia una cierta relajación sexual a la rigidez de la moral tridentina. Si bien es cierto que los órganos sexuales recibían en los textos el calificativo de «partes vergonzosas», habría que analizar el sentido exacto de «vergonzoso» y la causa de que se sustituyera por «vergüenzas» la expresión «partes vergonzosas», ya que viene a ser lo contrario» (544). —
- 20 En pocos años todo había cambiado. Los recatos en el vestir se abandonaban en el ardiente trópico y los amantes hacían el amor en total desnudez. En el ámbito editorial se lucían espléndidas figuras de indígenas en su plena desnudez, inclusive adulterándose sus rasgos étnicos con retoques neoclásicos, como se aprecia en los grabados de Liberio de Niccolo Garrini, en ediciones alemanas y en la portada en 1763 del *Gazzetiere Americano*. La auténtica beldad corporal quedó inmortalizada en la ilustración del juego de pelota de la nación otomaca, depositada en el Real Jardín Botánico de Madrid. —
- 21 Esta atracción corporal de la mujer indígena no suponía en ningún caso una merma en la sinceridad religiosa, ni era percibida como pecaminosa. Ello explica la absoluta tolerancia de la censura eclesiástica ante escasas descripciones de las partes pudendas de mujeres y hombres indígenas realizadas en diversas obras misionales y en enseriados cronistas. Abundan los detalles de adminículos íntimos, como se lee en la obra de Galeotto Cey: «Todos los indios e indias de este país y Tierra Firme de Indias van desnudos, sin cosa alguna de vestido, máxime en los países cálidos. Lleva la mayor parte de ellos, como aquellos de la gobernación de Venezuela donde nosotros estuvimos establecidos, y de la provincia de Cubagua, y se puede decir la mayor parte de los indios, el miembro

XVII. *El descubrimiento
de la beldad corporal
de los aborígenes.*

(545)

CHEY, op. cit., pág. 101.

(546)

FERNÁNDEZ de OVIEDO,
op. cit., tomo VI, págs. 93-94.



LÁM. 122 Indígenas guayaneses y biodiversidad en las cercanías del Orinoco, S. BELLIN, *Description Geographique de la Guiane*, 1763, colección Biblioteca Nacional, Caracas. REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES

viril metido en un calabacín de poco menos de un palmo de largo, grueso casi en proporción al falo, y con un hilo se lo amarran al cuerpo sobre las caderas, de modo que les sirve de bragueta, aunque los testículos quedan fuera. Todo el resto llevan desnudo y los calabacines son de la hechura que veréis al margen y rectos, aunque en las montañas donde habitamos hacia levante, los indios que están asentados sobre el río que llaman Acarigua, llevan estos calabacines torcidos hacia arriba a manera de cuernos... Pero para no crear confusión antes diré de la nación caquetía, que solamente llevan el calabacín largo y derecho» (545). —

22 A su vez, Gonzalo Fernández de Oviedo, informado por el obispo Rodrigo de Bastidas *como testigo de vista y de tanta autoridad*, se explaya en la descripción de las sutiles coberturas del encanto corporal femenino indígena caquetío en párrafos no exentos de picardía irónica, insistiendo en la guarda de su virginidad, mucho más severa que en Europa: «Las mugeres traen unas bragas, que es una mantilleja ó trapo de algodón tan ancho como dos palmos, é mas ó menos, prendido en una cuerda que se ciñen: é aquel trapo baxa sobre las nalgas, é métenlo entre las piernas, é súbenlo á prender en la mesma cintura. Assi que atapa sus vergüencas y el vientre, y todo lo restante del cuerpo es desnudo; pero las mugeres que son doncellas é no han conosciado varon, é para que se conozca su virginidad, hacen assi. Traen las bragas como las otras mugeres, y échanse al cuello una cuerda, y los cabos della tómanlos adelante é crúzanlos en la boca del estómago, y desde allí el uno va á se atar al hilo de la cintura en el lado izquierdo ó cadera, y el otro en la otra cadera é hilo mesmo de la cintura: assi que, el que vino desde el hombro derecho, se ata en la parte siniestra, y el del hombro siniestro en la parte ó cadera derecha. Y ponen otro hilo por detrás atado al cuello (digo en el hilo que es dicho), é baxa derecho por la canal de las espaldas, é atájase en el hilo de la cintura ques dicho, en que anda aquella su braga; y es tan cierta señal de ser virgen la moza ó muger que esta insinia trae, que indubitadamente ninguna otra le trae, y mas segura prenda de la pudicicia de aquella gente bestial, que la que entre los chripstianos é otras naciones de Europa ni de Assia é de África fingen las que doncellas se llaman. É por ser mejor entendido he querido pintar estas mugeres ó doncellas vírgines, pues que por nuestros pecados mas fiel guarda son estos hilos destas indias para su abono, que en nuestra Europa las clausuras y porteros que algunas mugeres muy estimadas tienen. Y estas de acá, andándose por el campo y siendo su propia voluntad su guarda, basta este hilo ques dicho para conservar su honra é crédito, é por ninguna manera se le osaria poner muger que corrupta fuesse» (546). —

23 El poder sentimental a través de tratos ilícitos y habituales entre mujeres indígenas y hombres europeos, acrecentado ulteriormente con la proveniencia de mujeres negras afroamericanas y diversos tipos de mestizaje, ayudan a entender que desde el temprano siglo XVI se sucedan en las islas de Cubagua y Margarita y en el litoral colonizado múltiples cédulas reales obligando a los hombres españoles radicados allí a traer a sus esposas de España. Resultan patéticas las peticiones de las esposas canarias y peninsulares abandonadas, lo que posibilitará en futuras cartografías los espacios e isócronas de la pérdida del atractivo conyugal. Entre muchos de estos reclamos hemos escogido uno incluido en Cédula Real fechada en Madrid el 11 de marzo de 1536 dirigida al lugarteniente del gobernador de Cubagua: «Por parte de Isabel Bernal, muger de Fernando Gallego, vecina de la cibdad de Sevilla, me ha sido hecha relación que podrá haber

- (547) Cedulaario Cubagua, op. cit., Cédula 243. La Reina, Madrid, 11 marzo 1536, tomo II, págs. 43-44.
- (548) José Ángel RODRÍGUEZ, *Babilonia de Pecados...* Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Alfadil Ediciones, Caracas, 1988, págs. 40-44.
- (549) Carlos F. DUARTE, *La vida cotidiana en Venezuela durante el Periodo Hispánico*, Fundación Cisneros, Caracas, 2001, tomo I, págs. 214-220.
- (550) Obispo Mariano MARTÍ, *Documentos relativos a su visita Pastoral de la Diócesis de Caracas. 1771-1784*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, *Libro Personal*, tomo II, pág. 201. DUARTE, op. cit., tomo I, pág. 220, hace referencia a ello.
- siete años quel dicho su marido se fue a esa isla, e que siempre ha escripto que en el primero navío se quiere venir y no lo pone por obra, antes ha tress años que no envía por mercaderías a la dicha cibdad de Sevilla, como solía hazer antes, (e) tiene acá ciertos pleitos, que a cabsa dellos e de no tener con qué se sustentar padece mucho trabajo y necesidad, a me suplido vos mandase que compeliédes al dicho su marido a que en el primero navío partiese para estos reinos desa isla (e) viniese a hazer vida con la dicha su muger, o como la mi merced fuese; por ende yo vos mando que, luego que con esta mi carta fuéredes requerido, hagáis notificar al dicho Hernando Gallego a que dentro de un año primero siguiente venga por la dicha Isabel Bernal, su muger, para la llevar a esa isla o a hazer vida con ella, o dé razón porqué así no lo puede hazer cumplir, e la dicha notificación, juntamente con su respuesta, la embiad ante los del nuestro consejo de las Indias, para que, por ellos vista, se provea lo que convenga y sea justicia, e compelerísle a que en el primero navío que desa isla partiere para estos nuestros reinos embíe a la dicha Isabel Bernal, su muger, la cantidad que a vos pareciere, para que, entretanto qué la lleva, se pueda sustentar» (547). ─
- 24 Ha sido expuesta excelentemente la persistencia durante todo el período de la Venezuela Hispánica del abandono de la vida en pareja formal por parte del hombre peninsular y canario. El asunto de los casamientos ultramarinos fue un problema recurrente en los documentos judiciales y eclesiásticos de la época y su solución no fue fácil. En los hechos se transgredió la legalidad formal y la gran mayoría de estos hombres jamás regresó al lar hispánico ni se ocupó de esposa e hijos, terminando en concubinato con mujeres indígenas o de otras proveniencias (548). ─
- 25 El atractivo corporal de la mujer indígena tuvo absoluta continuidad durante los siglos coloniales. Panorama que condujo a extravíos y escándalos, como los registrados en 1765 con don Juan Vicente Bolívar y Ponte, cuando se hallaba ejerciendo el cargo de Teniente Justicia Mayor en el pueblo de San Mateo, siendo calificado como un provocador de mujeres al utilizar su poder social y su cargo para presionar a las jóvenes indígenas de doctrina para satisfacer sus apetitos lascivos (549). Ello no era excepcional, puesto que a los pocos años en 1780 el obispo Mariano Martí anotaba en su libro personal que don Juan Perdomo, Teniente Justicia Mayor del pueblo de La Victoria: «Es hombre laxo y desordenado, pues ha tenido retosos, tactos o ósculos impuros con mujeres. Estos tactos impuros los ha tenido con quatro indias solteras de Doctrina. Las dos son hermanas y las otras dos también son hermanas» (550). ─
- 26 En el siglo XIX seguía causando admiración la belleza de la mujer indígena, lo que se aprecia en ilustraciones de viajeros en la Venezuela profunda, como las proporcionadas de indígenas piaroas y maquiritares por Chaffanjon. En el siglo pasado, en 1959, se realizó la exposición denominada *Los Desnudos* en el Museo de Bellas Artes de Caracas, donde se exhibieron fotografías documentales de varias tribus indígenas de las cabeceras del río Orinoco. Entre estas fotografías del explorador Alfredo Boeldeke destacaban las bellezas de indígenas maquiritares y de otras varias tribus indígenas venezolanas, parcialmente desconocidas para esa época en los parajes del río Cuchivero y las cabeceras de los ríos Ventuari, Orinoco, Mavaca, Padamo, Metacuni y Manaviche. ─